

bres de Bulnes, Zumeta, García Calderón, Blanco Fombona, Rodó, Ugarte y Alberdi. A ellos hay que agregar, poniéndolos junto a los de Cuervo, los trabajos lingüísticos recientes de Gagini en Costa Rica, de Membreño en Nicaragua y de Jáuregui en Guatemala.

JUAN CRISOSTOMO GARCIA  
Presbítero.

---

## EPISODIOS DEL REGIMEN FEDERAL en el Magdalena—1877 (1)

Exaltadísimos quedaron los ánimos en toda la República con los acontecimientos que tuvieron lugar en el año de 1875. Si a esto se agrega el extremo a que llegó el gobierno en su hostilidad al sentimiento religioso, sobre todo en el estado del Cauca, se explica por qué en ese estado fue donde primero estalló la chispa que debía, poco después, incendiar toda la República.

El partido radical había degenerado de partido político en secta filosófica; y poco antes de esta época «entró el país en un verdadero vértigo de intransigencia religiosa y filosófica, manifestada en la prensa liberal primero, y más luégo, de 1876 en adelante, en el congreso y en las asambleas de los estados.» Eso provocó resistencias, como no podía menos de acontecer en un pueblo esencialmente católico como el nuestro. Para perpetuarse en el poder, el partido radical escogió como campo de acción la enseñanza oficial. En las facultades

---

(1) Véanse los estudios anteriores a este y sobre el mismo asunto, en los tomos precedentes de esta REVISTA.

mayores, predicaba las doctrinas de Bentham y de Tracy y en las escuelas primarias, la enseñanza laica. Los católicos apelaron entonces a un medio esencialmente pacífico: al lado de las escuelas oficiales fundaron escuelas católicas, y donde éstas se abrían, quedaban desiertas aquéllas. El ejercicio de este derecho, justo y constitucional, fue tenido como *casus belli* y el gobierno nacional extremando las medidas de represión, provocó la resistencia que pronto habría de tomar los caracteres de una conflagración general.

En los estados de Antioquia y del Tolima gobernaba el partido conservador. Este no podía mirar con musulmana indiferencia la suerte que corrían sus correligionarios del Cauca; de ahí que se tomaran medidas de precaución en aquellos estados para el caso, que se veía venir, de que el gobierno nacional, atropellando claras nociones de legalidad y hasta de sana política, interviniera en la contienda suscitada en el estado del Cauca. La invasión no se hizo esperar y estalló la guerra civil de 1876.

Los conservadores del Magdalena, que ardían en deseos de apoyar la revolución, no pudieron, con todo, participar en ella sino muy tarde, debido a los escrúpulos del general Felipe Farías, quien, como senador del estado del Magdalena, le había dado su voto al doctor Parra al perfeccionarse la elección presidencial y de quien había recibido muestras de singular aprecio.

El general Farías se comunicaba con los conservadores de Riohacha, dirigidos por los señores doctor José Manuel Goenaga, general Juan Freile y don José Laborde, por medio de correspondencia en clave. Uno de los conductores de ésta fue sorprendido por las autoridades del Estado, quienes en el acto citaron al señor Laborde para que interpretase el contenido. Pasaba esto el 9 de febrero de 1877 en las horas de la

mañana. Circulóse el rumor de que los jefes conservadores iban a ser presos, y el pueblo de Riohacha, reunido en el barrio de arriba de la ciudad, compelió—esa es la palabra—a los jefes a pronunciarse, lo que efectuaron casi pacíficamente, sin efusión de sangre, pues habría sido acto de temeridad de parte de las autoridades ensayar la más leve resistencia. Sólo hubo unos pocos tiros.

En el acta de pronunciamiento se proclamó jefe civil y militar del Estado al general Farías; primer suplente al doctor José Manuel Goenaga, quien se encargó de la dirección de la guerra por ausencia del general Farías, y segundo suplente al señor don José Ramón Lanao, distinguido liberal que ya había figurado en las guerras de reacción de 1864 y 1865 al lado de los conservadores, y que era un entusiasta partidario de la revolución que se iniciaba por haber sido grande amigo y propagandista de la candidatura del doctor Rafael Núñez en 1875.

Pocos días después del pronunciamiento, fueron enviados a los Estados Unidos de América, con el fin de conseguir un armamento, los señores don José Laborde, don Domingo Pichón y don Juan Herrera Epalza. Ese armamento llegó al Cabo de la Vela, en la Goajira, después de la batalla de *Piyaurichón*, debido a las dificultades que encontraron los comisionados en Nueva York, donde estaban vigilados por los agentes del doctor Santiago Pérez, ministro de Colombia en los Estados Unidos.

En la última década del mes de marzo desembarcó en la costa de Riohacha una fuerte expedición enviada por el gobierno nacional contra los revolucionarios de Padilla, a órdenes del general Fernando Ponce y del doctor Luis A. Robles. Siendo imposible resistir con la guarnición de Riohacha, el doctor Goenaga y el doctor

José Francisco Insignares S. que había llegado poco antes, resolvieron evacuar la plaza y acampar en las cercanías a orillas del Calancala. Entretanto el general Farías, enterado en San Juan de César de la invasión gobiernista, y que ya había levantado un numeroso y entusiasta ejército, se incorporó el 10 de abril a las tropas que habían evacuado a Riohacha en el punto llamado *El Tanque*. Dos o tres días después se acercó Farías a la plaza y acampó en *Piyaurichón*. Antes de su llegada había ocurrido en *La Barranca* un encuentro entre gobiernistas y revolucionarios, el 6 de abril. En la mañana de ese día, el coronel Antonio Granadillo (antiguo soldado de don Julio Arboleda en el sitio de Santamarta en 1860) sorprendió una fuerza que había ido de Riohacha al río. Pereció en ese encuentro el sargento mayor Franco, hermano del fecundo escritor don Constancio Franco, y fueron tomados prisioneros el jefe de día, general Juan Manuel Dávila, el coronel Gerardo Gómez y el comandante Nicolás Pacheco.

Farías ocupó en Piyaurichón ambas orillas del río, pero el grueso del ejército (cosa de 1.600 hombres) se extendía por la orilla derecha.

Poco antes de la una de la tarde del 16 de abril supo Farías que el enemigo se aproximaba. Dio en el acto las órdenes para el combate, recorriendo en su magnífico caballo alazán, seguido de sus ayudantes, todo el campamento, que tendría una milla. En esa misma mañana había llegado el coronel Lorenzo Betancour, prestigioso jefe conservador, con las huestes de Chiriguana en las cuales figuraba Ezequiel Comas, que iba a rendir, pocas horas después, la vida. Mandaba el ala derecha el coronel José Dolores Daza. El ala izquierda estaba a órdenes del general Juan Freile, veterano en todas las guerras del Magdalena, y el centro lo dirigía personalmente el general Farías.

A la una de la tarde estaba generalizado el combate, que terminó a las seis por haber forzado el enemigo un paso del río defendido por el coronel Piñeres. Además, los pertrechos se habían agotado.

En ese campamento diéronse cita hombres de muchas partes del país: allí, conservadores como José Manuel Goenaga, José Francisco Insignares, Juan V. Aicardi, Juan Rosado, Agustín y Menandro Ovalle, Manuel María Palacio, Manuel de Lavallo, Juan Peñalver, R. Nieto París, Ezequiel García Mayorca, Ramón Hamburger; allí liberales como José Ramón Lanao, José D. Garizábalo, José María Amaya, Miguel Pimienta, Rafael Cotes, José R. Freile, Ezequiel García Pérez, Nicolás Márquez; allí jóvenes como Ramón Goenaga, Francisco C. Escobar, Juan A. Donado, Manuel A. y Julio C. González, Ramón y Rodolfo Zúñiga, Tomás E. Pichón, Flerentino Goenaga, Antonio Amaya Armas, Jorge C. Pombo, Rafael Daza, Tomás Nieto, Eliseo Navarro, Enrique Bernier, Andrés Iguarán, Aníbal Mendoza, Juan V. Padilla, Diógenes S. Barrios y otros.

A las seis de la tarde aún se batía con su acostumbrado denuedo el coronel Betancour, cuando recibió orden de retirarse. Efectuóse la retirada en buen orden, sin persecución del enemigo, acampándose en la noche del 16 al 17 de abril en *Carazúa*, lugar después famoso por haberse librado allí, el 13 de septiembre de 1901, una recia batalla entre colombianos y venezolanos, obteniendo los primeros una completa victoria.

Farías licenció en *Cateriana* el 19 de abril casi toda su fuerza, con orden de regresar a penas llegase el parque encargado a los Estados Unidos. Trajeron éste Laborde y Pichón, y a buscarlo al *Cabo de la Vela* fueron los compañeros que seguían al general Farías. Es evidente que si la guerra hubiera continuado, el general Farías hubiera reunido de nuevo su ejército;

pero la lucha era ya inútil. Inútil fue la inmolación de los valientes que ofrendaron sus vidas en las orillas del Calancala, puesto que desde el 5 de abril había ganado el general Trujillo la batalla de Manizales, último baluarte de la revolución. En el mes de mayo una honrosa negociación, suscrita por el doctor Andrés Bermúdez, en nombre del gobierno, y el doctor Goenaga en el de la revolución, trajo al Magdalena el beneficio de la paz.

En uno de los largos días de estada en *Guincúa*, interrogado el general Farías por el señor Zaldivar, distinguido cubano que simpatizaba con la causa revolucionaria, acerca del motivo de haber aceptado en condiciones impropicias la batalla, contestó el caudillo conservador con estas o parecidas palabras:

—Acepté el combate que me libraba Ponce porque me contagió el entusiasmo que advertí en mis soldados, y porque creí que la operación ordenada por mí al comenzar la batalla, diera el resultado favorable que esperaba.

—¿Cuál fue esa operación, General?

—La de enviar a la más numerosa y mejor armada gente de Riohacha al mando de un oficial de confianza a atacar por retaguardia al enemigo. Ese oficial vio a éste, pero vaciló y no cumplió las órdenes, privándome de sus hombres y elementos. Y tan comprometida vio el jefe gobiernista la acción, que estuvo a punto de dar la orden de retirada. Robles se opuso y hé ahí por qué no gané la batalla, agotados como estaban mis pertrechos.

—¿Cómo se llamaba ese oficial?

—Belisario Martínez.

Quizás si en vez de confiar el desempeño de tan importante comisión al capitán Martínez, la hubiera

fiado a la experiencia, serenidad e intrepidez de Gradillo, la suerte del combate habría sido distinta. Verdad que nada en definitiva se habría alcanzado.

JOSE GNECCO LABORDE

## INVOCACION A LA PAZ

La paz, la dulce paz, es la soñada aspiración del alma humana. La busca el corazón como el ave fatigada tras largo vuelo, el blando nido oculto entre las enredaderas perfumadas de los jardines o colgado a guisa de reto contra la tempestad entre las ramas de los árboles de la montaña.

Cuando la paz despliega sus pendones acariciados por la brisa y bañados en luz purísima del cielo, y tiende su muelle alfombra sobre el territorio de la patria, los obreros del bien y del progreso se lanzan por todos los senderos, con la frente radiosa, con el corazón henchido de esperanzas y con el brazo armado para la lucha generosa en que la victoria ciñe la frente de los que combaten, con laureles no teñidos en sangre.

Donde la impía guerra había establecido sus campamentos, allí los suyos establece la industria; sobre los campos asolados erece la mies preciada, cubriendo de hermosura las desnudeces de la tierra con las ondulaciones de su manto. Donde los aceros ominosos, esgrimidos por furias salidas del averno, tronchaban las cabezas de los valientes, allí las hoces de los segadores recogen manojos de granadas espigas; y donde los hijos de una misma madre se despedazaban por el odio, allí se abrazan ahora con el ósculo de la paz. A